

La fidelidad en la pareja

Don – Compromiso – Proyecto – Proceso

Presentación

Cuando una persona es consciente de que está enamorada, es decir, cuando una persona descubre “que vive en amor por alguien” y, a demás, intuye que es correspondida en su amor por parte del otro, esta persona se siente feliz y, previendo la continuidad de este sentimiento de felicidad, se siente prendado por la voluntad de continuar y de crecer en esta felicidad, y, por tanto, de ser fiel a esta vivencia, siempre que le sea humanamente posible. Pienso que ésta es una experiencia universal.

La fidelidad es una dimensión connatural del amor. Encontrar el amor es encontrar la felicidad porque la persona humana está hecha –como repetiré aquí muchas veces– para amar y ser amada. Por eso, la persona madura, sea de la edad que sea, que encuentra el amor en una persona –o en un proyecto humano o religioso– y que piensa que la hará feliz, siendo también que ha de encontrar la felicidad y quiere y necesita serle fiel no sólo para no perderla, si no para ir creciendo hasta vivirla en la plenitud más grande posible. Las palabras que muchas veces escuchamos: “He encontrado la mujer de mi vida, he encontrado el hombre de mi vida” (o en otro campo, que ahora “no toca”: “he encontrado el amor de Jesús de Nazaret”) conllevan el deseo y la voluntad de construir la fidelidad mutua para que en ella y con ella se vive la fidelidad.

Estas páginas quieren mostrar, según las palabras que las titulan, cómo y porqué la fidelidad en la pareja es un don generoso del uno al otro que conlleva un compromiso global para toda la vida –¡¡tenemos la felicidad y no quiero que la

perdamos nunca!!– y, mirando hacia el futuro, la fidelidad es un proyecto a definir y a realizar en un proceso que se realizará en el día a día.

Siguiendo estas líneas, mi reflexión aquí tendrá dos partes fundamentales: la primera, estará dedicada al análisis de la fidelidad en la pareja humana como acabo de insinuar, es decir, como dimensión esencial del amor humano que es don de la persona, compromiso con el otro t proyecto de futuro. Y toda esta vida será mirada en la dinámica de su proceso interpersonal, y no sólo como un momento puntual de una decisión de las dos personas implicadas. En el diálogo de todo tipo, esta fidelidad encontrará su mejor instrumento para hacer un camino que consolide cada día más el amor recíproco.

La segunda parte del cuaderno la quiero centrar en mirar la historia de la fidelidad de Dios, como modelo profundo de nuestra felicidad entre personas humanas, porque Dios es amor y en su amor es fiel. En la segunda carta a su discípulo Timoteo, San Pablo lo expresa con esta profundidad: “Cristo, aunque le seamos fieles, se mantiene FIEL porque no puede negarse a Sí mismo” (2 Tim 2,13). Pablo coloca la fidelidad en la esencia misma de Cristo que es amor. Por eso afirma con rotundidad que, si no nos fuera fiel se negaría a sí mismo.

En esta segunda parte, quisiera mostrar precisamente cómo la Buena Noticia de Jesús da vida y horizontes de plenitud a nuestra manera humana de vivir la fidelidad en la pareja: es y debe ser su luz y su corazón. Porque también la fidelidad de quien cree y espera en Jesús sabe que Él también fue fidelidad absoluta hacia nosotros, fidelidad de Dios hecha carne humana, y con ella nos enseña a potenciar nuestro don generosamente, nuestro compromiso radicalmente y anima nuestro proyecto y nuestro proceso con la fuerza de su Espíritu. Hablemos de él.

Primera parte: la fidelidad como actitud profunda del amor humano

1.- Introducción a la Fidelidad

Hablar de fidelidad en la pareja es hablar de una cualidad necesaria de su amor. “Fidelidad” es una palabra tan profunda, tan rica en significados –como los que queremos expresar en el título de este cuaderno–, que, antes de entrar en materia, necesita que se le haga una introducción, incluso desde el punto de vista de la lingüística.

Estamos acostumbrados a considerar la fidelidad enmarcada en el ámbito de la sexualidad. Y no hay dudas que la infidelidad sexual es un hecho que rompe muchas parejas porque las relaciones sexuales tienen un sentido de compromiso total –cuerpo y espíritu– de las dos personas. Romper este compromiso total, aunque sólo sea una vez, es dar un fuerte golpe a la confianza entre los dos.

Sin embargo, tratar sólo de la fidelidad o infidelidad en referencia a las relaciones sexuales es sólo tratar una dimensión, mientras que el sentido global de la fidelidad abraza toda la persona –incluida, evidentemente, la relación íntima sexual que se le ha de integrar– y, en este sentido global tratamos la fidelidad de la persona a persona. En esta relación interpersonal es donde la relación sexual encuentra su lugar lleno de sentido, porque esta relación ha de vivir integrada en la relación global de la pareja. Esta relación global pierde su pleno valor si uno y otro viven momentos o historias separadas que no se integran en la donación mutua de la mujer y del hombre. La relación sexual con una tercera persona despersonaliza la relación de la pareja, y si se despersonaliza, se deshumaniza; y si se deshumaniza cae en el peligro de animalizarse. La fidelidad sexual, fruto de una rica experiencia compartida en todas las dimensiones del amor de la pareja, sin

duda fortalece el proceso de la pareja, e incluso por la fuerza misma de la sexualidad.

El amor de la pareja conlleva vivir –y experimentar– un abanico de actitudes positivas cada día más profundas y personalizadas: la entrega, la comprensión, la empatía, la misericordia, el respeto, la sinceridad, el perdón y, como dice el título del presente cuaderno, el don-compromiso-proyecto, vividos en el proceso.

En definitiva, el amor es la suma integrada, interrelacionada de todas estas actitudes –¡y más si las hubiera!– que dan la plena personalidad de cada uno. Integración es una palabra clave para la construcción de la personalidad y es la palabra que los psicólogos utilizan para significar y explicar cómo todas nuestras capacidades humanas se influyen mutuamente, especialmente la inteligencia, la voluntad, los sentimientos y la sexualidad.

Así, por ejemplo, no integrar, no interrelacionar, no trabajar para unificar lo que pienso y lo que quiero o lo que siento, conlleva crear en mi psicología profunda una “doble personalidad”, precisamente porque dejo que el pensamiento y la voluntad o los sentimientos vayan por líneas vitales diferentes. Más aún, si estas líneas estuvieran gravemente contrapuestas, llevarían a una enfermedad psicológica.

Hoy, pues, hablo de la fidelidad como aquella actitud que da consistencia a la relación de pareja, porque cada uno busca integrar todas sus capacidades personales y, al integrarlas, cada uno quiere vivirlas en progresiva plenitud.

Fidelidad no es una actitud negativa, que resta posibilidades, sino una actitud que suma la donación y compromiso del uno con el otro y, con esto, hace que la relación de la pareja sea más profunda y con más futuro.

Quizás nos pueda ayudar también en esta introducción del tema una nota lingüística.

Hemos de recordar que fidelidad viene de fe. En latín, lengua madre del castellano, la palabra fe, “fides”, se transforma en “fidelitas”, fidelidad, para significar la actitud de quien guarda la fe en el otro, sea una persona concreta, sea un proyecto de vida concreto. La fe en el otro, un creen en él/ella que quiere decir creer en su amor hacia mí, una experiencia que llena de confianza y esperanza hacia el futuro.

Esta conexión nos lleva a recordar que la fe, creer, hace referencia a algo real pero que no se ve con los ojos del cuerpo, sino solamente con los ojos de la inteligencia y, como escribe Pablo a los Efesios, con “los ojos del corazón” (Carta a los Efesios 1,18). Y esta visión del concepto “fe” que sintetiza el acto de fiarse del otro, no hace referencia únicamente a la fe religiosa, a la fe en Dios, sino que también encuentra su plena realidad en las relaciones humanas. En el caso de la pareja – que es el que estamos tratando– la fe en el otro alude también a la vertiente humana profunda de la relación enamorada. ¡Yo me lo creo, a aquél a quien amo!

Hablar de la fidelidad en la pareja quiere decir, según lo que he dicho anteriormente, hablar de una actitud constante de reciprocidad del hombre hacia la mujer y de la mujer hacia el hombre, una actitud que tiene su raíz en la fe en el otro.

De la fe en el otro, es decir, de la convicción que el otro me ama, nace mi fidelidad en mi amor de respuesta. De aquí la confianza, que es una actitud vinculada a la fe y que expresa su calidad de seguridad y paz. Por el amor que me tiene, le tengo confianza: me fío de él, o de ella, y en reciprocidad nos confiamos. Tenemos confianza el uno en el otro porque ambos somos “fieles” a este amor personal y recíproco. Todas estas realidades tienen la misma raíz: “fides”, fe.

De la confianza como valor del presente nacerá igualmente la esperanza que es la fe que mira el futuro y le da seguridad ante lo que tiene que venir y ha de vivir la pareja. En definitiva, será ésta esperanza la que sentará la base de la decisión del compromiso matrimonial “para toda la vida”.

Hasta aquí estamos en el campo humano, espiritual, relacional, de la fe y, como ya he comentado antes, no hemos entrado aún en la dimensión religiosa de la fe. Aquí, aún nos queda completar esta introducción a la fidelidad analizando su realidad sociológica y psicológica. Serán los dos apartados siguientes.

Una mirada a la realidad social de la fidelidad de la pareja hoy

La reflexión ética y moral ha de comenzar siempre con una mirada previa a la realidad de la vida, para buscar las propuestas adecuadas para mejorarla. Es la metodología del ver la realidad primero, para poder analizarla a fondo en sus causas y en sus consecuencias y así encontrar los caminos de actuación más eficaces para solucionar problemas o para llevar adelante nuevos caminos, en nuestro caso, de fidelidad.

Dejando para otro momento, y para personas y datos más especializados, el estudio de la sociología de la fidelidad, de la que tenemos hoy en día muchas estadísticas y, por desgracia, no siempre positivas, mi aportación aquí se centrará sólo en una breve introducción a esta realidad, por una parte tan cambiante, hoy, en nuestro hogar, y por la otra parte tan diferente en las distintas culturas, tanto desde el punto de vista social como desde el punto de vista religioso en los países más influyentes.

Aunque mi reflexión se centrará en la fidelidad de la pareja y en la pareja, es evidente que el análisis puede abarcar, de forma distinta, todos los demás tipos de fidelidad relacional humana, como sería la fidelidad con los miembros de la familia –padres y hermanos– o con los amigos, sean compañeros de trabajo, de equipo, de grupo político, de comunidad cristiana...

Claro que, como acabo de decir, hoy en día, la fidelidad se vive de muchas maneras, según las diferentes culturas, las diferentes educaciones personales y las diferentes personalidades individuales. ¡Qué diferencia de base tan notable hay, por ejemplo, entre nuestra cultura europea, que ha tenido su base en la familia formada por el matrimonio entre un hombre y una mujer, con sus hijos, comparada con una cultura

que viva en la poligamia y con los hijos paternos de distintas mujeres!

Por otro lado, sólo con mirar la estructura de las familias actuales podemos apreciar los cambios tan fuertes, y en algunos casos tan radicales, que vive nuestra sociedad actualmente. Y estos cambios los notamos más fuertes porque comparamos nuestra situación social actual con la situación de hace cincuenta años o más, mucho más estable en este aspecto.

Para poner un ejemplo, cito el incremento de familias monoparentales en nuestra sociedad, a causa de las separaciones matrimoniales y los divorcios que se producen después de meses o de muy pocos años de convivencia conyugal.

Las estadísticas constatan también que, en muchas parejas jóvenes, casadas o todavía en la etapa del noviazgo, la fidelidad se vive como un compromiso presente, actual, sin determinación de futuro.

Hoy en día nos encontramos con un hecho frecuente y es que, en muchas parejas, el amor quiere ser fiel a la pareja presente, “a la que tengo ahora”, pero que, cuando este amor entra en crisis por cualquier motivo, con la desaparición del sentimiento de amor, entra en crisis la voluntad de fidelidad y se acepta fácilmente abrir un nuevo proceso de relación con otra persona, un proceso que, además, en algunos casos, se hace continuando aquella relación anterior, es decir, viviendo una doble relación.

Sin poder entrar más a fondo en la situación actual de la fidelidad en nuestra sociedad, –porque no es el tema central de mi reflexión–, sí que cabe añadir que la experiencia, hoy, muestra que las situaciones en la vida y continuidad de las parejas son notablemente muy variadas.

Más aún, me gusta afirmar lo que la experiencia nos dice, y es que “cada pareja es diferente” y que hoy en día muchas relaciones están marcadas por una base que considera la libertad de escoger de nuevo una pareja con un valor prioritario innegable de su relación, cosa que afecta, sin duda, a una facilidad mayor para romper la fidelidad.

La psicología del amor humano

La primera experiencia

Para profundizar lo que es la experiencia, la vivencia, del amor humano nos ha de ayudar el análisis de la experiencia que se realiza en el principio de nuestra vida, que nos muestra cómo “estamos hechos”, una experiencia de la que no somos conscientes y que, así mismo, nos marca muy profundamente.

Cuando entramos en la vida, nuestra primera experiencia “larga” es la de ser amados por la madre. Eso quiere decir que experimentamos que alguien nos da “vida”. Una vida, por otro lado, que el bebé “toma”, que quiere poseer para poder vivir según su instinto de “mamar”, sea el seno de la madre, sea el biberón. Es la experiencia fundamental: ser amados-amar. «Amor crea amor», dirá santa Teresa de Jesús desde su propia experiencia de sentirse amada por Jesús. Esto lo confirma hoy la primera psicología. El amor de la madre crea el amor del hijo/a. De aquí la frustración que experimenta quien no vive la experiencia de este amor generoso y gratuito de la madre.

Pero si seguimos el proceso de crecimiento de esta criatura veremos cómo, en la medida que “percibe” en amor de la madre –al cual progresivamente se une evidentemente el del padre– la criatura comienza a devolver amor con su sonrisa y su confianza vital hacia la madre. Y aquí empezará la experiencia de reciprocidad en el amor, una experiencia fundamental para realizar la persona humana que, como repetiré a menudo, está hecha para ser amada tanto como para poder amar. Las madres saben mucho de todo esto por su propia experiencia.

Si este proceso que seguiré, al menos hasta la independencia del hijo o de la hija en su mayoría de edad psicológica o civil, se mantuviera en la dinámica que he señalado, estaríamos en un mundo ideal. Sin embargo, la realidad no es tan sencilla. Y

no lo es porque en la relación amorosa el amor puede llegar a ser dominante o dependiente. Entonces uno de los dos se debía de su proyecto original. Quisiera poner un ejemplo que viví hace muchos años, muy de cerca, y que me abrió “vitalmente” el conocimiento de lo que es nuestra psicología humana. Se trata de la experiencia primera de Teresa una niña de tres semanas, abandonada por su madre –nunca se supo quien era– y recibida y cuidada en la Maternidad de Barcelona.

Al mismo tiempo, Ana es una esposa que, por una decisión tomada por su marido, quiere adoptar una niña. La Dirección del a maternidad dirige a Ana a la sección donde está Teresa. La enfermera jefe de la sección informa a la futura adoptante de la situación concreta que ahora está viviendo la recién nacida. El contacto con las enfermeras de turno, precisamente por los cambios normales de los turnos, le crean inseguridad vital a la niña y, a consecuencia de eso, su funciones de comer y evacuar funcionan muy, muy mal.

La Enfermera jefe habla así a Ana, como futura madre: «Si usted, Ana quiere adoptar a esta niña, debe comprender que ella necesita la continuidad de su presencia aquí a las horas de darle de comer. La niña ha de escuchar la misma voz, sentir los mismos brazos, el mismo olor. Ha de saber que hay alguien que se la hace suya y que le da la vida. Es eso lo que le dará la seguridad vital y, algún día, sabrá que eso quería decir que alguien la amaba fielmente». Ana entendió que lo que le querían explicar y lo cumplió. Al cabo de unos cuantos días, con los constantes cuidados de Ana, las funciones vitales de Teresa se normalizaron. El amor entregado por la futura madre había conseguido el cambio. Así, todos los que estábamos cerca de Teresa t de Aba pudimos comprender la fuerza de la relación de amor. El amor dio a Teresa lo que necesitaba: sentirse acogida y segura.

Esta experiencia me condujo a deducir que la persona humana vive y crece cuando es amada, cuando alguien le da vida, lo que quiere decir que “está hecha para ser amada”. De aquí, le será innato amar en reciprocidad, y así ser feliz. Nos encontramos ante un ejemplo muy ilustrativo, precisamente porque quien es la protagonista es una niña aún sin bondad ni maldad.

Debo añadir que explicando el caso a otras enfermeras que han trabajado en distintos Centros de Maternidad, y preguntándoles cuál era su experiencia en casos similares, todas me han confirmado que ellas también han vivido muchas veces esta transformación “extraordinaria” del proceso fisiológico de bebés que parecen condenados a morir y que han revivido gracias al amor materno encontrado.

La persona es un ser relacional. Todo lo empieza a vivir, a experimentar y a aprender desde la relación más próxima con la madre, el padre, los hermanos y la familia.

Será una relación, inicialmente de recibirlo todo: así mismo, poco a poco, y en la medida en que el bebé, él o ella, comienza a ser alguien, porque tiene un nombre al que relaciona e inicia un proceso de relación con la madre –y poco a poco también con el padre, en la medida que él se implica– en que él o ella, aún bebé, también da a mor a su manera, primero de modo más posesivo –porque lo necesita para vivir– y después de un modo más generoso y, poco a poco, más consciente.

Este dar–recibir, será la dinámica en la que el niño/a deberían ser educados en su infancia y adolescencia para crecer como personas.

Nunca podemos olvidar que esta dinámica es la dinámica de la felicidad. Por todo esto la psicología profunda afirma que la persona humana se realiza –y se siente realizada– cuando ama y es amada. Cuando lo consigue, realiza su ser más esencial y,

consecuentemente, se encuentra muy feliz, plenamente feliz. En definitiva, la psicología profunda nos lleva a reconocer que se puede dar la definición de la persona humana diciendo: “la persona es amor”. Una definición que ha de encontrar su confirmación y su complemento en todo lo que diré en la segunda parte de este cuaderno.

La experiencia adulta

Si hacemos un salto generacional y nos situamos en la mayoría de edad, a demás de las relaciones que hemos “encontrado” en cada, de las que acabo de hablar basándome fundamentalmente en la relación madre–hijo, hemos de hablar de las relaciones que buscamos en la vida, la más importante de las cuales, para la mayoría de las personas, será la relación de pareja.

Partiendo de la base que esta relación ha de construirse en continuidad con lo que uno/a ha vivido en positivo en el amor inicial, ahora desarrollaremos la relación de pareja en la fidelidad.

Si el amor en reciprocidad constituye el eje vertebrador de una pareja y es la clave de su fidelidad, no hay dudas de que la continuidad en este amor y, concretamente, con la fidelidad a este amor, construirá a dos personas realizadas como tales y felices como pareja. Hace falta, pues, entrar a profundizar cómo ha de ser esta fidelidad, esta fidelidad del amor y en el amor.

A continuación, trataré cuatro dimensiones de la fidelidad en una pareja, porque en ellas se puede encontrar el sentido profundo de la fidelidad. Son las cuatro dimensiones que encabezan el título del presente trabajo: “don”, “compromiso”, “proyecto” y “proceso”.

Las dos primeras dimensiones subrayan la profundidad de la fidelidad: en cuanto es un don, subrayo la generosidad y

gratuidad de la persona que ama con fidelidad; y en cuanto que es un compromiso, sobrayo la voluntad de continuidad del amor fiel que se quiere entregar.

Las dos otras dimensiones nos quieren hacer profundizar en la dinámica de este amor fiel que, en primer lugar, es un proyecto de futuro y, en segundo lugar, realiza éste proyecto en un proceso constante de crecimiento, evidentemente a la manera humana que quiere decir que, de vez en cuando, no avanza, no crece o, incluso peor, a veces se echa atrás.

Y, desde el inicio del tratamiento de la fidelidad como “don”, “compromiso”, “proyecto” y “proceso” quisiera dejar claro que en estas cuatro dimensiones del amor fiel, es decir, de la fidelidad, se encuentran necesariamente involucrados tanto el corazón y los sentimientos como la voluntad y sus decisiones. Dos capacidades fundamentales de la persona humana que, con la inteligencia, forman la riqueza integrada de la dimensión espiritual de la persona.

Así mismo, la persona no es “don”, ni se hace “don”, si no se pone al lado de la voluntad de darse, en su mundo personal afectivo, de sus sentimientos. Son las dos dimensiones constitutivas del amor humano: sentimiento y voluntad.

No cabe decir que todo ello, vivido desde una inteligencia que quiere penetrar más y más en el conocimiento de lo que es la relación más plena en la pareja concreta.

La fidelidad de la pareja como “don”

Ser fiel a la persona a quien se ama quiere decir darse a ella en continuidad y para siempre. Es evidente que el don comienza en las pequeñas cosas y el don comienza cuando empezamos a tener conciencia de que el otro me atrae, que me dice algo al corazón y a la mente, que me provoca una reacción diferente a la que experimento con otras personas.

De aquí nace dar tiempo, la compañía, la prioridad en la elección de la compañía. Nace también, dar signos que lleven incluido el amor de uno y otro para ir creando una pareja: un libro, unas flores, una camisa, una sesión de cine, una cena... un beso... una caricia...

Y, ojalá que estos signos no se acabasen nunca, sino que continuasen siempre siendo signos de aquello más profundo que quieren expresar: un “te amo” que encuentra en la ternura una comunicación más íntima.

Podríamos decir que hay un proceso que comienza con los dones, para pasar poco a poco a consolidarse en el don de la misma persona, el dar-SE, que abarca toda la vida.

Esta donación que se inicia en los pequeños detalles, se va haciendo mayor a medida que el amor necesita más generosidad o que quiere expresarse con más generosidad –con más “dones” y con más “don”– para que el otro vea cuánto lo amo.

Generalmente, en el inicio no se comprende ni vive así la relación de pareja, excepto los casos especiales de amor a primera vista, lo que llamaríamos “el flechazo”, sino que se va profundizando poco a poco, día a día, hasta tener la seguridad interior de que “somos el uno para el otro” y “queremos estar el uno con el otro”.

En definitiva, llega un momento en el que uno y otro toman experiencia de que cada uno es para el otro “la opción fundamental” de su vida. Los enamorados lo dicen muchas veces: “es el hombre de mi vida”; “es la mujer de mi vida”: es decir, “el definitivo”.

Cuando la pareja lleva a esta experiencia, es decir, cuando cada uno de los dos toma consciencia, surge de forma connatural el pensamiento –y el sentimiento– de la necesidad de la fidelidad a este amor. La fidelidad empapa desde aquél momento explícitamente el amor de la nueva pareja y se hace la fuerza promotora no sólo de su continuidad sino, más aún, de su crecimiento.

La fidelidad es un don constante de la persona en sí misma y da seguridad a cada uno de los dos... Es como el ejemplo vivido que he comentado antes: Ana, la madre adoptiva, dio seguridad vital a Teresa y la hizo comenzar a crecer.

La fidelidad constituye así el don preciado de la relación de pareja porque ella y él pasen a dar cosas, signos de su amor, a dase él y ella como Signo Definitivo, opción fundamental de ambas vidas.

Sería todo mucho más sencillo si con este cambio de actitud se tuviera asegurada la fidelidad actual —que nos hace tan felices— para toda la vida. El amor es vida, y la fidelidad en el amor ha de hacer el camino de la vida.

Aún me queda un aspecto importante en la fidelidad vista como don “gratuito”. La gratuidad marca la generosidad del amor fiel, sin duda; así mismo, ser gratuita, en la mayoría de los casos, no es un adjetivo necesario para el don. Lo puede ser en algún caso concreto, pero no es lo habitual.

La experiencia de los humanos muestra que el amor precisa de la reciprocidad porque cada uno en la pareja necesita del amor del otro. Es lo que decía al hablar de la psicología de la

persona humana: estamos hechos para ser amados –fue nuestra primera experiencia de bebés– y, después, aprendimos a amar y, al hacerlo, aprendimos a ser felices. Por tanto, el ser “gratuitos” puede ser necesario en algún momento, pero no es la forma en la que hay que vivir la felicidad. Repito: ¡necesitamos la reciprocidad!

Volviendo a poner un ejemplo elemental. No dudo que en tantos y tantos momentos la madre ame con un amor gratuito – se le ha puesto el adjetivo de amor “puro”, en el sentido de absolutamente desinteresado–; sin embargo, ellas, las madres, son las primeras que tantas veces nos comunican cómo son felices con el amor que sus hijos les dan en “reciprocidad”.

El amor fiel al otro, al ser un don que lo quiere hacer crecer, precisamente por eso lo hace crecer en su autonomía, en su propia personalidad con la que enriquece la vida de pareja. El verdadero amor no es absorbente ni dominante, se alegra de la diferencia y la respeta porque sabe que en estas diferencias está el enriquecimiento mutuo.

La fidelidad como don ha sido el primer punto de nuestra reflexión. Ahora, tenemos que reflexionar en los apartados siguientes cómo ésta conciencia de amor recíproco se convierte en compromiso.

La fidelidad de la pareja como “compromiso”

Éste es un aspecto muy fundamental de nuestra reflexión, porque toca una vertiente complementaria a todo lo que he dicho en el apartado dedicado a la fidelidad como “don”. La experiencia de los que hemos hablado hasta ahora parecía que estaba marcada por la realidad primera que sale al encuentro de dos personas: el sentimiento de encontrarme bien con él, con ella, lo que incluye el sentimiento de haber sido feliz.

La fidelidad que acompaña al sentimiento del amor, y que lo convierte en “don”, pide continuidad y esta continuidad la quiere asegurar el compromiso.

El compromiso nacerá de la voluntad de continuidad porque, en definitiva, el amor no es solamente el sentimiento de “estar bien contigo y ser feliz contigo”, si no que incluye el querer estar contigo y ser feliz contigo para siempre. Más aún, incluye el “te quiero hacer feliz” y “feliz para siempre”. Un querer que nace de la experiencia vital que “he sido y estoy feliz contigo”.

A esta voluntad de futuro la llamamos compromiso, porque esta palabra incluye la raíz de la promesa. Volvemos al latín para comprender que *promitto* –de donde proviene *prometo*– conlleva enviar hacia adelante, hoy diríamos, dándole un sentido personal a la palabra, “tirarme hacia adelante”.

La fidelidad del amor o el amor que es fiel, significa la voluntad de ir juntos hacia el futuro que nos depara la vida. Significa comprometernos recíprocamente que queremos hacer el camino juntos, compartir “las alegrías y las penas, la salud y la enfermedad, todos los días de la vida”, como dice una de las fórmulas del compromiso matrimonial.

Vale la pena hacer este compromiso, esta promesa donde se entrega la persona entera. Vale la pena porque da la seguridad

que este momento feliz lo trabajaremos durante toda la vida y nuestra paz y seguridad vitales nos acompañarán siempre.

Aquí sale siempre la pregunta –también vital– de si seremos capaces de vivir esta dinámica de la fidelidad comprometida, toda la vida. Y más viendo la multiplicidad de casos –que, a demás, quizás hayamos podido vivir de cerca– en los que, amores muy bonitos se han roto. Ya hablaré de ello más adelante.

Aún así, sí que me parece importante afirmar ahora que el compromiso fiel de la pareja, vivido con dinámica de crecimiento, conduce normalmente a dar vida a terceras personas, los hijos e hijas; y estos hijos e hijas necesitan la seguridad en el compromiso de los padres para vivir su propia seguridad.

Y eso no lo digo mirando un sentido egoísta que puedan tener los hijos de vivir apoyándose en los padres, si no recordando el ejemplo puesto al inicio con la relación de una madre adoptante y una hija adoptada, ejemplo que se amplía con el tiempo cuando los hijos necesitan la seguridad del padre y de la madre para su crecimiento normal, que se realiza en la seguridad de una familia fiel y comprometida.

El compromiso de hacer pareja es compromiso de “hacer una comunidad de vida y amor”. Esta comunidad ha de mantener las personalidades de uno y otra, de una y otro, en la dinámica del darse recíprocamente. La comunidad de vida mantiene la unidad de dos; no ha de ser nunca la desaparición de uno absorbido por el otro en una dependencia, fruto de la sumisión de uno/una. El don personal ha de continuar siempre desde la propia personalidad que se da por amor, por amor fiel y no por amor obligado.

Si la fidelidad se hace compromiso, podríamos añadirle las mismas características de gratuidad o generosidad que he comentado antes para darse uno mismo o para dar unos dones.

Pero, ahora, quisiera poner al compromiso otro adjetivo, el de la lealtad. Porque el compromiso de pareja no es una decisión individual, aunque lo pueda ser al principio cuando uno lo ve claramente y otro no, o no tanto. El compromiso serio es un compromiso que cada uno de los dos asumen para irlo realizando cada día.

La lealtad se define como franqueza y sinceridad en el diccionario. Y es eso lo que pide el amor fiel, porque esta lealtad aumenta la confianza recíproca que provoca al caminar juntos sin desfallecer en las dificultades y tomar carrerilla en los buenos momentos.

Finalmente, no podemos hablar de compromiso sin nombrar una actitud que le da profundidad y continuidad: la comprensión, es decir, la capacidad de ponerse en el lugar del otro, y ponerse desde dentro y muy a dentro para poder captar cómo él o ella viven el momento o la situación actuales.

Tantas veces la falta de fidelidad al compromiso se produce por un cambio de las circunstancias personales, sentimentales o laborales, que no se pueden entender sin un diálogo profundo en el que la base sea la comprensión recíproca de lo que pasa en el interior de la mente y del corazón del otro. Comprensión significa “tomar-con”, es decir, contigo, desde ti, desde dentro de ti; metiéndose en la mente y en el corazón –sobre todo en el corazón–del otro.

La fidelidad está también muy hecha de mucha comprensión. Esta es la respuesta primera –obviamente no la única– a la pregunta sobre el fracaso de tantas parejas que comenzaron bien. La falta de entendimiento a fondo del modo de ser del otro, la conducta y las expresiones de la pareja

conducen a un progresivo distanciamiento que lleva a la rotura, sino se restablece una comunicación y diálogo sinceros y profundos.

El compromiso de la pareja, por la misma actitud de petición de obertura hacia el otro, no queda cerrado en los dos, sino que se abre directamente a los hijos y, según las posibilidades de cada pareja, se abre a la sociedad. Si la pareja vive con fidelidad su amor interpersonal, esta unión repercute positivamente en los hijos que, en definitiva, son el fruto de esta fidelidad presente y futura, y repercutirá también en la familia, en el sentido más amplio, y en la comunidad. La fidelidad en estos compromisos será la garantía de su continuidad. Un tema que podría ser el objeto en otro momento de revisión de vida de pareja sobre cómo vivimos cada uno de nosotros nuestro compromiso.

La fidelidad de la pareja como “proyecto”

El compromiso del amor vive la fidelidad en la continuidad de la vida; de la vida “ordinaria” de cada día y en la vida extraordinaria de los momentos relevantes, sean positivos o negativos, en la salud o la enfermedad, en el triunfo profesional o en el fracaso o en las dificultades especiales, en las relaciones con lo demás, –familiares, amigos, compañeros de trabajo–, conseguidas o fracasadas o “a medias”.

La Fidelidad del amor como proyecto quiere decir que, en la visión de futuro del amor de pareja, la fidelidad ha de estar presente porque juega un papel fundamental, como fuerza de consistencia y de impulso, como fidelidad activa y creativa que tiene que ser. Fidelidad como “proyecto” quiere decir mirar hacia adelante y lanzarme de cabeza hacia adelante con confianza y seguridad, según el significado mismo de la palabra, también de origen latín: pro–yecto que une el “pro” que connota “hacia adelante” y “yectar” que significa lanzar, (como in–yectar es tirar hacia dentro).

Es evidente que no podrán nunca ser previstas todas las evoluciones y cambios en la vida de cada uno de la pareja, ni en el día a día, ni en los “grandes” proyectos. Sin embargo la persona fiel desea tener futuro y desea prepararlo e irlo realizando día a día.

Y si esto lo digo de la pareja, lo mismo o mucho más se tiene que decir del proyecto que mira hacia los hijos. Tampoco se pueden “proyectar” las vidas de los hijos. Cuando son pequeños los educamos, es decir, les ayudamos a sacar de dentro de ellos mismo sus capacidades y, cuando son más grandes, más autónomos, les podemos acompañar y ayudar para hacer su camino hacia la independencia. Serán ellos mismos quienes deberán pro–yectar su propio y exclusivo futuro.

La fidelidad como proyecto de pareja conlleva que los proyectos personales, individuales, de cada persona, sean compartidos en su gestación y en su realización por ambas personas, y que los llamados proyectos “afecten” la vida y el proyecto del otro, siendo reconocidos, aceptados, animados, sobre todo en los momentos difíciles. Momentos difíciles que pueden afectar a uno o a los dos miembros de la pareja, conjuntamente o por separado. La fidelidad será compartir dificultades y caminos de solución.

Los proyectos personales pueden irse realizando por su propio camino, como serían, por ejemplo, proyectos en el campo de los estudios. Se avanza por etapas personales. En cambio, en el proyecto central de la pareja, el “ser y crecer como pareja”, se avanza por la comunicación de las propias experiencias y por la interacción que éstas comunicaciones pueden hacer en el otro en la medida que yo mismo, primero, soy consciente y, segundo, soy capaz de transmitir al otro mi experiencia.

En la comunicación de los proyectos personales que miran hacia el futuro y que a uno “le pasan por la cabeza”, siempre se ha de tener en cuenta que mientras yo comunico mi experiencia, mi pareja reacciona según su propia experiencia y así comunica su reacción, sea en el mismo diálogo o momentos después... o al día siguiente, según aquél encuentro típico que dice: “oye, por cierto, he estado pensando en aquello que me dijiste y creo que mi reacción/respuesta es...”. Así la comunicación de mi proyecto –mi idea actual– comienza a ser un proyecto participado y, quizás, si es lo que yo también deseaba, un proyecto común.

Aquí la fidelidad del amor, hecha también comprensión, juega su papel, tanto para dar soporte al nuevo proyecto propuesto, como para exponer las dudas de futuro o hacer las críticas pertinentes.

Sin embargo hay un tipo de proyectos que merecen una atención especial y son los proyectos de pareja como tales. Aquellos proyectos que no son comunicación de lo que yo quiero ser o quiero hacer, si no que son comunicación de un deseo de hacer algo “juntos”. Incluso, quizás no se trataba de hacer algo juntos, sino de sentir juntos, de vibrar juntos, de amar juntos, de pensar juntos, de estar en silencio juntos, con las manos entrelazadas...

Tiempo importante para concretar el Proyecto Fundamental de la pareja concreta, así como los proyectos personales compartidos, es el tiempo de la preparación al matrimonio, un momento de afrontar previa y definitivamente la nueva etapa matrimonial. La metodología del diálogo, propia de los Centros de Preparación al Matrimonio (CPM), ofrece el camino práctico para ir concibiendo y concretando un proyecto de pareja que señale hacia donde quiere ir la pareja en su relación personal, en su vida familiar, en su vida social y en su vida de fe, donde se incluyan igualmente los proyectos personales de cada uno en el presente y con vistas al futuro.

Se trata de hacer un proyecto que nazca de las personalidades de él y de ella, y se acomode a estas personalidades concretas, en el momento actual de afrontar la nueva etapa matrimonial.

En este sentido, hay que tener en cuenta que la realidad de la convivencia prematrimonial tiene el peligro de querer anular este “pensar un proyecto”. Aunque, quizás, no sea así para todas las parejas. Sin embargo la experiencia nos dice que si la convivencia de pareja es un hecho serio, si mira hacia un futuro más comprometido y quiere crecer, entonces, también aquí hay un proyecto, a pesar de que este proyecto, de momento, no incluya todavía a los hijos ni el compromiso social de la pareja.

Lo que me parece importante para el futuro de estas parejas es que este proyecto se fundamente en un amor fiel y que

quiera crecer, porque de este modo, la pareja de hecho se abrirá también a los valores fundamentales de la dimensión social y, para los creyentes, de la dimensión sacramental, y no se quedará sólo en un proyecto enfocado a una libertad e intimidad sexual.

En esta línea, hay que destacar cómo la carta *El consorcio familiar* del papa Juan Pablo II anima a estas parejas de hecho que, profundizando en su compromiso de fidelidad, avancen hacia el matrimonio civil como fuente de inserción social y al matrimonio sacramental como fuente de vida para los creyentes. Es en la estabilidad social matrimonial de la pareja donde los hijos encontrarán el calor que les hace crecer con mayor seguridad.

La fidelidad de la pareja como “proceso”

En el apartado anterior ya surge la idea de proceso, en la medida en la que un proyecto es algo que va avanzando a lo largo de su realización. A pesar de estas pinceladas, quisiera detenerme un momento en esta realidad tan normal de nuestra vida: todas las cosas tienen un proceso y este proceso se tiene que hacer si queremos verlas realizadas. La continuidad del compromiso de la pareja no dependerá únicamente de la firmeza del acto formal inicial con el que se toma, sino de la fuerza y creatividad para mantenerlo creciente y madurando.

“La pareja es un proceso”, así comenzaba hace ya muchos años un cursillo sobre la pareja en el Centro de estudios Pastorales, en Barcelona. Y es que la realidad de nuestra existencia, la experiencia del amor que construye a la pareja no se hace en un día, en un momento por muy fuerte que sea, si no que vive y crece en el día a día, en semanas, meses y años.

La pareja no se construye con un amor a primera vista – aunque se pueda empezar así en algunos casos– ni es la definitiva para el compromiso social ante la comunidad, eclesial o civil. Estos compromisos públicos significan el punto de partida de una nueva etapa y, por tanto, el final de una etapa de crecimiento y consolidación de la pareja que, con el nuevo compromiso público, inicia el proceso de realización de su proyecto; en definitiva, un nuevo camino en el que los dos han de seguir trabajando con la ilusión y la fuerza que nacen de la fidelidad mutua.

Como que el proceso de pareja –al igual que el proyecto– tiene, como instrumento fundamental para su realización la comunicación entre hombre y mujer, hay que profundizar la realidad de esta comunicación y, en ella, hablar del diálogo, como el principal medio de comunicación.

El diálogo en el proceso de la pareja

Pero antes de hablar de diálogo como medio de comunicación, no debemos olvidar que no es el único camino de comunicación interpersonal. A demás de la comunicación por la palabra, la persona se comunica por todos los sentidos corporales y, especialmente, por la mirada y por el tacto. ¡Cómo podíamos olvidar la fuerza comunicativa de la caricia, del beso, de las señales “cómplices” que hacemos con los ojos y con la sonrisa! Toda la comunicación es corporal y se realiza a través de nuestros sentidos corporales que son los transmisores. En definitiva, la fidelidad encuentra en toda comunicación y en todo diálogo, la forma de hacerse presente en la pareja y hacerla crecer.

Volviendo al diálogo. Todo “diálogo” es “comunicación” porque el sentido de la “comunicación” es el de poner en “común”, entre los dos miembros de la pareja, aquello que cada uno ha vivido, vive o quiere vivir. Pueden ser experiencias y conocimientos y sentimientos o pueden ser cosas –hechos– que tienen un valor y significado para uno, para el otro o para ambos.

“Diálogo” connota palabra. Viene del griego dia–lo–gos: la palabra (logos) que va hacia el otro y busca ser devuelta. En este sentido, muchas comunicaciones interpersonales hechas por los sentidos corporales –antes he citado la caricia, el beso, las señales cómplices– abren a la persona a un diálogo hablado más profundo, porque en medio de una comunicación hablada se quiere añadir un signo de afecto que la palabra sola quizás no habría llegado a saber expresar.

Una caricia puede iniciar una relación sexual que las palabras solas no pueden realizar con la misma profundidad y totalidad. Una caricia “es” palabra. Sin embrago, la comunicación más plena pediría que la caricia fuera acompañada de palabras que expresen el sentido del gesto. La

simple caricia podría ser también signo de un deseo de dominio sexual y no de un amor fiel.

Por eso, cuando se habla del diálogo sexual no se hace referencia sólo a las palabras que acompañan a los gestos, sino también a estos gestos físicos concretos que ayudan a crear amor y que, con una profundidad más seria de lo que se suele decir en el lenguaje vulgar: “hacen el amor”.

Podemos decir que el diálogo forma parte de la construcción de la fidelidad en la pareja –es un instrumento precioso y necesario– y, precisamente por esto, las cualidades y actitudes que son necesarias para un diálogo profundo y exitoso, como las que he nombrado y comentaré a continuación, forman parte también de la profunda y variada riqueza humana del amor fiel.

En primer lugar, hay que ponerse en una actitud acogedora. Eso quiere decir que hay que recibir al otro con el corazón, una acogida que incluye una aceptación profunda del otro en lo general y en lo concreto de su forma de ser y de comunicarse. Una aceptación que trabaja con él/ella para hacerla avanzar en positivo hacia una plenitud mayor de la vida, repito, en general y en concreto, según sus posibilidades y sus realidades.

Cuando se habla de aceptación, me parece importante añadirle siempre el adjetivo “activa”, para subrayar que la aceptación del otro nunca debe ser pasiva, es decir, resignada a lo que hay, de hecho, aquí y ahora, sino por la fuerza de la fidelidad del amor, la acogida al otro y su aceptación, a demás de recibirlo en la realidad concreta que se acepta, es también compromiso para animarlos a crecer y a caminar juntos hacia adelante.

La acogida y la aceptación del otro para por escuchar lo que uno dice, sea con sus palabras, sea con cualquier gesto de comunicación –por ejemplo, un beso– que no debería de dejar nunca insensible al receptor.

En segundo lugar, a la acogida y la aceptación de quien dialoga conmigo, hay que añadirle un esfuerzo de comprensión de lo que el otro dice y quiere comunicar. De la “comprensión” ya he hablado al comentar el compromiso, pero aquí se ha de repetir su importancia en el terreno del diálogo. Comprensión significa “tomar una cosa en común” con otra persona y, para hacerlo, se necesita tener una actitud de querer comprender lo que el otro me dice, y entender lo en el sentido en el que me lo dice, no en el sentido que yo quiero pensar. Uno ha de buscar penetrar en el pensamiento de quien le habla y, para hacerlo mejor, ha de ponerse en su piel y en su punto de mira.

Finalmente, en el diálogo, a demás de aceptar y comprender al otro se necesita una actitud de “simpatía” y de “empatía” con él/ella. Y aquí entramos en el mundo de los sentimientos propios hacia los sentimientos del otro. Simpatía y empatía son dos modos de expresar la comunión de sentimientos con otra persona. Simpatía marcaría más estar la lado en el sentimiento y empatía subrayaría más compartir los sentimientos, tenerlos más profundos.

La fidelidad, vivida con estas cuatro actitudes básicas del diálogo: “acogida activa, comprensión, simpatía, empatía” es el medio para dar perennidad a la pareja y al matrimonio. Por todo lo que he dicho, me parece clara esta conclusión: “dialogar es amar”. Sí, el diálogo serio es una forma muy seria de amar. Por eso, la falta de diálogo en la pareja propiciaría, primero su enfriamiento y, si sigue así, su rotura.

De aquí que, cuando el Derecho Civil afirma que el matrimonio para siempre, siguiendo las tradiciones culturales universales —a pesar de incluir el divorcio en la legislación por si fracasa—, el derecho se fundamenta en aquella fuerza interior del amor que hace crecer y profundizar la unidad en la complementariedad entre la mujer y el hombre; esta fuerza que

lleva hacia un proyecto creciente para siempre se llama Fidelidad. Y esta fidelidad será el mejor regalo para el futuro de los hijos.

A mí me gusta decir que cuando afirmamos que “el matrimonio es para siempre”, que “es indisoluble”, esta afirmación teórica, que es una verdad que expresa la esencia del compromiso matrimonial, necesita el complemento de la exigencia de continuidad y perennidad que nace de la fidelidad en el amor. Por tanto, lo que el matrimonio “es indisoluble” se ha de entender desde la afirmación de que “el matrimonio se hace indisoluble” por la fuerza de la fidelidad en el amor, vivido en un proceso constante y confiado por dos personas que se aman. De aquí la importancia que tendrá para los creyentes, la fuerza del Espíritu que nos ha sido dado para llevar a cabo el proyecto del sacramento del matrimonio. Hablaré de ello en la segunda parte.

La experiencia de siglos nos da que el compromiso matrimonial nacido de un amor serio, de un amor que hace decir de verdad: “nos casamos enamorados”, desea durar para siempre. Si el proyecto matrimonial se rompe porque esta voluntad de durar en el compromiso no tuvo la madurez y la fuerza suficientes para poder continuar juntos.

La fidelidad matrimonial entre una mujer y un hombre, por tanto, no significa meramente “un continuar pasivo”, no quiere decir un “aguantarse” también pasivo, no. Ser fiel al compromiso matrimonial quiere decir tener un proyecto y hacer un proceso de trabajar juntos, comunicarse, dialogar, para poder realizar el proyecto de pareja que concebimos cuando tomamos la decisión de casarnos porque nos amábamos y, por eso, nos comprometíamos ilusionados.

Segunda parte.

La fidelidad de la pareja a la luz del evangelio

Esta segunda parte no ha de ser considerada como una propuesta paralela a la primera. No puede serlo porque el Mensaje salvador de Jesús de Nazaret viene precisamente a dar a los hombres y a las mujeres de nuestro mundo el sentido de plenitud que tiene nuestra vida humana personal, conyugal y comunitaria. Este mensaje nos ilumina para poder entender lo que es nuestra psicología y naturaleza humanas y nos anima y nos da, a la vez, la fuerza para llevarlas a cabo. El Evangelio es Palabra y es, además, el Espíritu. Ojalá sepamos integrar Palabra y Espíritu en nuestra vida personal.

La Historia de nuestra fe tiene dos etapas fundamentales que, en la recopilación de los libros santos que la expresan, se presentan en dos conjuntos, el primero llamado Antiguo Testamento o Antigua Alianza y el segundo que lleva por título Nuevo Testamento o Nueva Alianza o Segunda Alianza. Testamento connota don; Alianza connota compromiso; ambos nos hablan de proyecto y proceso. Las cuatro palabras de la primera parte.

Dedicaré un apartado a cada una de las Alianzas, sabiendo que el proyecto de Dios Creador sobre la humanidad se mantendrá como un misterio, un secreto, como dice san Pablo a los cristianos de Coloso y de Éfeso, «hasta que se revelará la plenitud, en la Persona y el mensaje de Jesús, el Mesías».

Hay que poner atención a esta evolución de la revelación de la Antigua Alianza pasa a la nueva Alianza, porque veremos cómo la fidelidad de Dios que acompaña al Pueblo en el camino hacia la formación de un Pueblo Nuevo, a pesar de las infidelidades de Israel, llega a su plenitud cuando se hace “carne” en su Hijo, el Mesías, su Ungido, su Enviado: Jesús de Nazaret.

La fidelidad de la pareja en la Antigua Alianza

Esta proposición la quiero desarrollar siguiendo dos aspectos que se complementan profundamente.

En primer lugar, quiero hablar de la Fidelidad de Dios, de la Fidelidad del amor de Dios, porque, como dirá Juan al final de los libros Bíblicos: «Dios es amor» (1 Jn 4,8 y 16) y su amor es fiel, y fiel para siempre: »La Fidelidad del Señor dura por siempre» (salmo 117). La Fidelidad es así porque es el modo esencial de ser del amor de Dios: «Su amor es eterno», repetirá el salmo 118 poniéndolo en los labios del procesión que entra en el Templo de la Fiesta de los Tabernáculos y el salmo 136 repetirá este canto 26 veces, cuando se recitará en la Fiesta de la Pascua, aplicándolo a tantas etapas en las que el Señor ha acompañado a su Pueblo para significar que el amor de Dios es fiel, y por eso, es eterno.

En segundo lugar, hemos de ver cómo este Dios, que ama tanto, presenta su amor a su Pueblo con el amor de un Esposo y, al presentarse así, quiere enseñar con su fidelidad que también el amor de los esposos humanos ha de ser fiel. El compromiso de la Alianza será su signo. El Señor siempre le será fiel.

Pero el Señor también será presentado como el Padre que ama, el Creador que da la vida, y como la Madre que no abandona nunca a ninguno de sus hijo e hijas, tal como afirma Isaías: «yo no me olvidaré nunca de ti» (49,15) «como una madre consuela a sus hijos, yo también os consolaré» (66,13).

El amor de Dios –Padre Creador– viene presentado al Pueblo de Israel, en la antigua Alianza, como un Proyecto en doble etapa: primera, la de la Creación de la persona humana en un Mundo material y, segunda, la de la liberación de esta persona de la esclavitud, para formar un Pueblo Nuevo de fraternidad y solidaridad. Uniendo estas dos etapas san Pablo,

en las cartas a los cristianos de Éfeso y de Coloso, hará mención explícita de este Proyecto como «el Misterio escondido desde el principio en Dios», y añadirá que este proyecto estaba escondido hasta que se ha manifestado en Plenitud en Jesucristo. Más aún, como veremos en el Nuevo Testamento, Pablo y Juan expresarán que la raíz de este Proyecto creador es el amor de Dios, el amor fiel del Padre Creador.

En la primera etapa, la de la Creación, el amor de Dios se explicita explicando el narrador del Génesis que, en el inicio, Dios ha creado a la persona humana «a su imagen y semejanza» (Gn 1,26); más que esta imagen y semejanza, se realiza en el hecho que la persona ha sido creada como hombre y como mujer. Aquí se subraya la capacidad de relación profunda que tendrán estos dos seres; una relación que llegará a máximos cuando el hombre abandone al padre y a la madre y se una a su mujer y sean los dos «una sola carne» (Gn 2,24).

De aquí que, haciendo un salto a la primera carta de Juan, podamos decir que si la persona humana es imagen y semejanza de Dios, y «Dios es amor», también podamos decir que «la persona humana es amor». Y, si es amor, será fidelidad.

La segunda etapa de este Proyecto de la Primera Alianza es la de la realización de la liberación del pueblo de Israel sometido al dominio de los Faraones que lo esclavizan. Una liberación que quiere hacer del Pueblo de Israel un Pueblo libre, un Pueblo de personas solidarias, unidas por la fe en el Señor que las ha liberado.

Para consolidar esta liberación, el Señor da al Pueblo, mediante Moisés, las *10 Palabras* (Éxodo 34,28) que señalan las líneas de conducta de los israelitas para que puedan seguir siendo un Pueblo libre y Solidario. *10 Palabras* que durante siglos han inspirado la justicia social de la cultura occidental.

En uno de los muchos resúmenes con que los poetas de Israel sintetizan la obra del Señor, uno de ellos resume así lo que estoy diciendo: «Toda la obra del Señor es fruto de un amor fiel» (salmo 24) y otro se dirige al Señor, diciéndole: «Tú eres fiel en el amor» (Salmo 113, B). Y es que con su obra, Dios no quiere mostrar su “poder”, si no que su “amor”, su fidelidad que ha de ser el corazón y el alma del Nuevo Pueblo. Es un amor que supera muchas infidelidades del Pueblo y de sus jefes a lo largo de su historia. De este amor fiel nacerá una enseñanza profunda de cómo debe de ser fiel el amor de los esposos. Este amor de Dios será presentado en la Primer Alianza como el amor del esposo, tal y como dice Isaías en su tercera parte, en los capítulos 54 y 62: «Es un Esposo celoso para aquellos a quien tanto ama y ha liberado de la esclavitud».

Serán los Profetas de Israel –aquellos hombres inspirados por la fuerza del Espíritu Creador– quienes abrirán el sentido de todas aquellas gestas famosas que les conducirán a la libertad. Desgraciadamente, los mensajes de los Profetas saldrán a la luz por causa de las desviaciones del Pueblo, establecido ya en la Tierra Prometida, que deja de ser un Pueblo fiel al Señor y a la justicia que lo ha de sostener como Pueblo de hermanos y hermanas.

Los Profetas volverán a recordar no sólo los hechos maravillosos de la salida de Egipto, sino que desvelarán más y más que el motor de esta voluntad liberadora de Dios, es precisamente el amor a su Pueblo, un amor que siempre es fiel ante las infidelidades. Un amor de verdadero y consecuente esposo que no abandona a su Pueblo, que vive como una esposa que ha abandonado a su esposo y no sabe dónde ir: «El Señor te llama como una esposa abandonada y afligida» (Isaías 54,6).

El profeta Oseas centra precisamente la explicación de este amor de Dios al compararlo con un amor de pareja, no de

cualquier pareja, sino de una pareja construida y trabajada desde el amor del esposo fiel. Y esta fidelidad de Dios la experimenta su Pueblo en el camino hacia la tierra de la libertad porque Dios perdona sus infidelidades, la mayor de todas: la de haberse construido y haber adorado a un ternero en una imagen de oro a la que se le atribuye el éxito de la salida de Egipto.

Este fragmento del Profeta Oseas es preciso, en el que presenta cómo Dios rehace su unión con Israel, su esposa infiel. La unión se rehace, invocando la fidelidad como la base, el precio, para la continuidad del amor: «Yo la seduciré, la llevaré al desierto y le hablaré al corazón... allí me corresponderá como cuando era joven, cuando vino del país de Egipto. Te tomaré como esposa para siempre... y pagaré por ti, bondad y justicia, amor y misericordia. Te tomaré como esposa, pagando un precio de fidelidad. Así conocerás quien es el Señor» (Oseas 2,16-12.21.22).

Isaías, como ya he dicho, califica el amor de Dios como el amor de un esposo. Pero, además, este profeta compara a menudo el amor de Dios con el amor de un Padre y, a veces, lo compara también con el amor de la Madre, como cuando dice: «¿puede una madre olvidarse nunca del hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvidase de él, yo no me olvidaré nunca de ti» (Isaías 49,15) o en otro momento: «como a uno a quien su madre le consuela, así yo os consolaré» (Isaías 66,13).

Ezequiel presentará a un Dios, esposo enamorado de su Pueblo: «me comprometí bajo juramento, hice la alianza contigo y tú fuiste mía» (Ezequiel 16,8). A pesar de esto, el Pueblo se prostituirá como una escosa infiel a su marido; sin embargo al final vuelve a imponerse la fidelidad del amor del Señor quien afirma: «estableceré contigo una Alianza Eterna» (Ezequiel 16,60).

Será Ezequiel quien, de forma explícita, hablará del don del Espíritu como la fuerza interior que Dios quiere dar a los suyos para crear en ellos «un corazón nuevo», «un corazón de carne», con el que sacará fuera el «corazón de piedra» que tantas veces nos domina y nos cierra con dureza a los demás.

Sin embargo, las declaraciones más fuertes de la experiencia de la fidelidad del Dios Libertador nos las presenta el libro del Deuteronomio, en el libro de la renovación de la Primera Alianza. Para citar una de las más impactantes, aporto este fragmento del capítulo séptimo: «No porque seáis el pueblo más numeroso de entre todos los pueblos, –porque de hecho sois el menos numeroso– os ha escogido el Señor, sino llevado por su amor hacia vosotros y por guardar el juramento hecho a vuestros padres, Dios os ha liberado de la casa de la esclavitud... Tenéis que saber, pues, que Yaveh es el Dios verdadero, el Dios fiel que guarda la Alianza (Deuteronomio, 7,7-9).

Los salmos de Israel, los cantos de poesía que el Pueblo canta en la subida al Templo o en las ceremonias religiosas dentro del templo o la sinagoga, apelan a menudo a la fidelidad de Dios para poder ser perdonados y poder salir de la situación de pecado, tanto personal como social.

La fuente para la confianza que ha de tener el israelita, la explican en muchos salmos al aludir a los hechos que ha realizado el Señor en la Historia de la Salvación del Pueblo; una Historia que recogen los salmos 78, 105, 106 y 136.

«La fidelidad el Señor durará siempre» (salmo 117), será un motivo repetido de la fe de Israel. Y de esta fidelidad del Señor que supera todas las infidelidades del Pueblo, nacerá una profunda confianza en Él, en su perdón y en la verdad de sus promesas. Es así como el salmista se puede sentir tranquilo y feliz «como un niño en el regazo de su madre» (Salmo 130).

Esta confianza vive impregnada de esperanza de cara al futuro de la persona que invoca al Señor con el deseo de una vida más coherente según sus enseñanzas.

Sin profundizar en los libros de la Sabiduría, que se centran más en la vida cotidiana de los israelitas y utilizan ejemplos de aquella cultura, son tres los mensajes que podemos extraer de la Antigua Alianza para nuestro tema de la Fidelidad.

Primero: el amor de Dios es eternamente fiel; segundo: este modelo de fidelidad, Dios lo califica como un amor de esposo para con su Pueblo.

Y de aquí se puede extraer un tercer mensaje que dice que la fidelidad de los esposos toma el modelo de la fidelidad que Dios vive u ha vivido a lo largo de la historia hacia su Pueblo de Israel. Él, el Señor, el Esposo, ha sido siempre fiel y, por eso mismo, al llamarse Esposo, se presenta como modelo de la fidelidad matrimonial entre un hombre y una mujer.

La fidelidad de la pareja en la Antigua Alianza

Para iniciar este apartado, no encuentro mejor confesión de fe en el amor fiel de Dios hacia la humanidad que esta afirmación del Evangelio de Juan: «Dios ha amado tanto al mundo que le ha dado a su Hijo» (Juan 3,16).

Puesto este pilar, hay que recordar que el tratamiento de la fidelidad en el Nuevo Testamento tiene dos capítulos complementarios: en primer lugar, veremos como la Nueva Alianza es una Alianza basada en el amor entregado de Jesús, el Hijo de Dios. Por tanto, la mayoría de los textos que nos interesan se centran en definir qué es el amor y como tenemos que amar.

En un segundo apartado, hablaré de la respuesta de Jesús a la pregunta sobre la licitud de dar documento de divorcio por cualquier motivo, al que añadiré un tercer apartado sobre la fuerza de la fidelidad que nos da Jesús. Finalmente, en un cuarto apartado, enumeraré los textos que hacen referencia a la fidelidad matrimonial, siguiendo especialmente la enseñanza de San Pablo.

El amor según la Nueva Alianza

Será el mismo Jesús, quien definirá su misión: «Yo he venido para que tengáis vida y la tengáis en abundancia» (Juan 10,10).

Y será su Persona, Él, la Palabra de Dios encarnada, quien con los hechos de su vida y también con sus mismas palabras nos explicará donde se encuentra la vida, la felicidad: amar como Él ha amado, es decir, dando la vida día a día y, al final, totalmente, por fidelidad y coherencia con el mensaje que ha recibido de su Padre: «Este es mi Hijo, el amado, escuchadlo» (Mateo 17,5).

La primera carta de Juan nos presenta una definición única del amor: «el amor consiste en eso: no somos nosotros los primeros los que hemos amado a Dios; Él nos ha amado primero y nos ha dado a su Hijo» (1 Juan 4,10).

Eso, lo completa el evangelista enumerando las palabras de Jesús: «Este es el nuevo mandamiento: que os améis los unos a los otros tal y como yo os he amado. Y no hay un amor más grande que el que da la vida por la persona que ama» (Juan 15,12-13). Para ejemplificar esta actitud, Jesús explica la parábola del Buen Samaritano en la que este hombre atiende a un enemigo con toda generosidad y gratuidad. Y, cuando la tiene que aplicar a su Padre, Jesús explica la Parábola del Padre Bueno, llamada también la del Hijo Pródigo.

La fidelidad de Dios en el amor lo ejemplifica Jesús en la magnífica parábola del hijo Pródigo: un Padre que espera con fidelidad paternal a su hijo que le ha abandonado. Una fidelidad del Padre que quiere crear confianza en los hijos e hijas cuando le recen diciéndole: ¡Padre nuestro!

Estas parábolas son los ejemplos con los que Jesús nos anima a vivir los valores humanos que, todos: bondad, misericordia, solidaridad, justicia, perdón, comprensión, confianza, etc., tienen su base y su fuente en el amor. Son las actitudes humanas en las que el amor se encarna, se hace “carne”, se hace visible. Son las actitudes de la fidelidad.

La fidelidad en el matrimonio según Jesús, en Mateo 19

La visión de Jesús sobre la fidelidad en el amor es tan profunda que no necesita aplicación especial en el matrimonio, es para todos los que aman: «no hay un amor más grande que el que da la vida por la persona que ama».

Sin embargo, cuando aplicamos estas palabras al matrimonio vemos que allí se encarna una posibilidad de dar vida plena a la persona a la que se ama, evidentemente con la

plenitud propia de nuestra realidad humana personal de cada uno, que incluye las relaciones íntimas. Pero, dar la vida no es cuestión de un momento, un instante, es un proceso constante que se vive con un compromiso creciente de la fidelidad interpersonal de hombre y mujer.

Por eso, Jesús toma posiciones ante la fidelidad indisoluble del matrimonio cuando fue preguntado sobre la licitud de despedir a la esposa «por cualquier motivo» o en caso de infidelidad.

De hecho, en tiempos de Jesús había dos opiniones sobre el derecho del marido a dar el documento de repudio a su mujer. Una, defendida por la Escuela Hillel que se atenía al texto del Deuteronomio 24,1, según el cual se podía «despedir» a la mujer por cualquier motivo «que no le gustase al marido». A esta interpretación de un texto tan laxista como este, se oponía la Escuela Shammai que sólo permitía el documento de repudio en el caso de adulterio por parte de la mujer.

Jesús no se deja engañar por la pregunta sino que enseña que hemos de volver a los inicios, es decir, al proyecto inicial de Dios Creador sobre la pareja humana, como proyecto que se basa en la fidelidad al compromiso de aquél hombre y aquella mujer que, dejando padre y madre, se han hecho una sola carne para crear una nueva familia. Curiosamente, en la respuesta de Jesús a los fariseos hay una excepción, pero es, según la interpretación más defendida por los exegetas, para el caso de un matrimonio “ilegal”, es decir, un matrimonio incestuoso (entre familiares muy próximos). Por tanto, sería un caso muy especial y que entra también en la legislación civil.

La fuerza del Espíritu, garantía de Fidelidad

La Buena Noticia de Jesús no se queda sólo en esta exigencia de fidelidad, podríamos decir, “legal”, sino que pasa por delante y promete la capacidad, la fuerza, para llevar a cabo la totalidad de la fidelidad a esta exigencia. Es la fuerza del espíritu que el Padre y el Hijo nos darán.

La promesa de su Espíritu afecta a las dimensiones fundamentales de la persona humana: al corazón, a la mente, al cuerpo; a los sentimientos, a la voluntad y a la inteligencia. En palabras del mismo Jesús en la última cena: «El Espíritu os conducirá a la verdad entera» (Juan 16,13); «Os enseñará todo lo que yo os he dicho» (Juan 14,26).

Es la fuerza que transformará a los discípulos, cobardes, escondidos en el Cenáculo «con las puertas cerradas, por miedo a los judíos» (Juan 20,19), en apóstoles misioneros, testimonios y predicadores de la Resurrección de Jesús de Nazaret, al crucificado.

La predicación de los apóstoles se centra, evidentemente, en explicar la vida y la predicación de Jesús. En definitiva, el sentido profundo de su muerte y de su resurrección que es la cumbre de su acción sanadora y de su predicación revolucionaria. Y, en esta predicación, el don del Espíritu Santo que han recibido el día de Pentecostés, será un tema central.

La Fidelidad del amor según la predicación de los Apóstoles

El primer gran teólogo que profundiza el mensaje de Jesús en la línea de nuestro tema es el apóstol Pablo. Aquí me interesa subrayar las líneas que Pablo, y más adelante Juan, sacan a la luz refiriéndose al amor de Dios.

En primer lugar, Pablo parte del hecho que Jesús: «la prueba que Dios nos ama es que, cuando nosotros aún éramos pecadores, Cristo murió por nosotros» (Romanos 5,8). Y, si es así, este amor de Dios vivido por Jesús, Cristo, provocará nuestra fidelidad más absoluta hacia el Señor. Pablo lo dice con su fuerza característica: «nada nos podrá separar del amor de Dios que se ha manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (Romanos 8,39). Es una afirmación radical de la fidelidad que nos une al amor del Señor.

En estas afirmaciones, Pablo, siguiendo el ejemplo de Jesús, añade el cumplimiento de la promesa de Cristo de darnos su Espíritu que nos llevara a conocer su verdad y tener la fuerza que el Señor nos dará para que podamos serle fieles: la fuerza de amar.

Pablo, escribiendo a los cristianos de Roma, nos lo recuerda al comentar que en las situaciones vitales de tribulación y de lucha, nuestra esperanza de vivir según el Evangelio no quedará nunca defraudada porque, como él mismo dice: «el amor de Dios ha sido derramado en nuestro corazón por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (5,5). Pablo empalma aquí con la promesa de Jesús de enviar a su espíritu, tal y como dijo en la última cena y explicita la vertiente afectiva-emotiva de la presencia del Espíritu porque es Espíritu de amor, espíritu que potencia nuestra capacidad de amar y de ser fieles a este amor.

La primera carta de Juan ofrece una síntesis espléndida del mensaje de Jesús sobre Dios, el Dios que Jesús ha invocado como Padre de todos.

En primer lugar, quisiera entrar a tratar aquella definición de Dios que da Juan cuando afirma rotundamente: «Dios es amor y quien se mantiene en el amor se mantiene en Dios y Dios en él» (1 Juan 4,16). Y, dicho de otro modo, la carta de Juan afirma: «Quien que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios.

Quien no ama no conoce a Dios porque Dios es amor» (1 Juan 4,7-8).

A mí, siempre me ha gustado relacionar estas palabras, que podríamos decir la síntesis última de la revelación de la Nueva Alianza, con las palabras del libro del Génesis que explicitan la esencia de la persona humana: «Dios creó a la persona humana a su imagen y semejanza, los creó varón y mujer. Mientras los bendecía les dijo: creced y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla» (Génesis 1,27-28). Como ya he dicho al hablar del Antiguo Testamento, en estas palabras del Creador se incluye el hecho de que la imagen de Dios que «es amor», hace que podamos decir también que la persona humana «es amor».

La primera carta de Juan nos da una magnífica definición de lo que es el amor. Y la presenta diciendo: «el amor consiste en esto», para añadir después la respuesta: «no somos nosotros quienes hemos amado primero. Él nos ha amado primero y nos ha dado a su Hijo» (1 Juan 4,10). El amor es, pues, iniciativa, amar el primero, y es darse, entrega: en eso consiste la fidelidad.

Por otro lado, la carta de Pablo a Timoteo incluye un himno de la primera comunidad cristiana que aplica a este Dios que es amor, la calidad más esencial del amor que es la fidelidad. Dice así en este himno, en su conclusión: «si le somos infieles, Él se mantiene fiel, porque no puede negarse a sí mismo» (2 Timoteo 2,11-13).

Es una espléndida definición de lo que Dios es, de lo que es el amor de Dios: su amor es «amor fiel». Si fuera infiel al amor, Dios se negaría a sí mismo, se contradeciría su esencia y eso para la primera comunidad cristiana es inconcebible, porque los cristianos conocen la fidelidad de Dios a lo largo de la historia de Israel, una fidelidad que culmina al dar su Hijo en la cruz. Pablo afirma, pues, que el amor de Dios es fiel, que el amor se hace fidelidad en Él: «Dios es fidelidad». Y, siguiendo

el texto repetido del Génesis, hemos de decir, aplicándolo a las imágenes de Dios que somos nosotros, el amor humano es fidelidad, la persona humana es amor, la persona humana es fidelidad.

La vida de la primera comunidad cristiana

La primera comunidad cristiana, desde sus inicios, vivió en una intensa vida comunitaria, en la línea de lo que han enseñado los apóstoles y acabo de describir hasta aquí. El libro de los Hechos de los Apóstoles lo describen con detalle en sus primeros capítulos. Los primeros cristianos, dice el capítulo segundo: «tienen un solo corazón y una sola alma» y este hecho tenía como consecuencia el hecho de que «vivían unidos y tenían todas las cosas en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno» (Hechos 3,44-45).

Esta descripción se repite al final del capítulo cuatro y, además se cita el ejemplo de Bernabé. Sin embargo, con el toque de realismo que caracteriza a las narraciones bíblicas, el capítulo quinto del libro de los Hechos pone una excepción a este compromiso comunitario en las personas d Ananías y Safira que traicionaron la confianza de la comunidad y le fueron infieles. Y es que la fidelidad en el amor conlleva la comunión y la felicidad entre las personas, pero es también exigente y, a veces, muy difícil de cumplir.

Estas personas se podrían aplicar las palabras que el libro de la Apocalipsis aplica a la Iglesia de Laodicea: «Así habla el Amén, el Testimonio fiel y verdadero... Mira estoy en la puerta y llamo; si alguien escucha mi voz y me abre la puerta entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo) (Apocalipsis 3,14 y 20).

Este Testimonio fiel es Jesucristo según lo que dice el mismo libro, en el capítulo 1,5. Quiere decir que toda la

“revelación” que seguirá nace de Aquél que es la Fidelidad de Dios con la humanidad. Jesús es el Testimonio fiel y Verdadero de la voluntad salvadora del Padre, el que «ama tanto al mundo que le ha enviado a su Hijo para que todo el que crea en Él tenga vida eterna» (Juan 3,16).

Más aún, como he escrito al principio de este capítulo sobre la fidelidad según Jesús, Él, en su predicación tal y como la transmite el Evangelio de Juan, afirmará que ^ha venido para que tengáis vida y la tengáis más abundante« (Juan 10,10). Este “más” que preside “abundante” nos está indicando como tiene que ser nuestro proyecto y el proceso que tenemos que hacer para alcanzar mayor plenitud día a día, viviendo en fidelidad a este proyecto, hasta llegar al día definitivo de la plenitud con Dios.

San Pablo y la fidelidad matrimonial

He hablado con la fidelidad en el amor –en general– por la fuerza del Espíritu, tal y como explica Pablo en la carta los cristianos de Roma. Ahora quisiera presentar algunos criterios que Pablo transmite a los cristianos de Corinto y a los de Éfeso, a propósito de la situación del matrimonio de los cristianos en aquellas ciudades donde vivían rodeados de la cultura griega.

En Corinto, había situaciones que necesitaban criterios de actuación para los cristianos y Pablo, en su primera carta, las da con claridad: «A los casados les doy esta orden, que no es mía, sino del Señor: la mujer no se ha de separar del marido, y si se separa de él que no se vuelva a casar o bien que se reconcilie con su marido; el hombre no ha de dejar a su esposa» (1 Corintios 7,10-11). Pablo ha asimilado la posición de Jesús, antes citada, en Mateo 19, en la que enseña la fidelidad matrimonial hasta el final.

A propósito de la situación de las mujeres viudas, a esta enseñanza Pablo le adjunta una nota importante para su

matrimonio: «Si el marido muere, queda libre de casarse con quien quiera, siempre que sea en el Señor» (1 Corintios 7,39). Esta obligación significa para algunos exegetas «casarse con un cristiano», pero, para mí, no es únicamente esto, sino, a demás, significa el espíritu con el que se ha de casar —el espíritu del Señor— que es espíritu de fidelidad, el espíritu de iniciativa y entrega hasta el final.

En la carta a los cristianos de Éfeso, en el capítulo quinto, Pablo habla por la situación cultural machista de aquél momento histórico en el que las mujeres estaban sometidas a los maridos, dentro del principio general de «someteos los unos a los otros por reverencia a Cristo» (a los Efesios 5,21).

Suponiendo esto, Pablo pide a los maridos: «amad a vuestras mujeres, tal y como Cristo ha amado a la Iglesia y se ha entregado a la muerte por ella». La Iglesia, dice Pablo, es el cuerpo de Cristo y el Señor «la ha querido santificar purificándola con el baño del agua acompañado de la palabra».

Y con este modelo de comportamiento de parte de Cristo «los maridos han de amar a la mujer como a su propio cuerpo... También Cristo lo hace así con la Iglesia, ya que somos miembros de su cuerpo».

De aquí, Pablo hace un salto al libro del Génesis, al texto citado más arriba y escribe: «Por esto, tal y como dice la Escritura, el hombre deja al padre y a la madre para unirse a su esposa, y los dos forman una sola carne. Este misterio es grande: yo entiendo que se refiere a Cristo y a la Iglesia, y que también vale para nosotros» (Efesios 5, 25-32).

Dos consideraciones sobre este texto. La primera es que el amor de un hombre y de una mujer se realiza en definitiva, cuando son una sola carne, es decir, cuando su amor se hace unidad definitiva, en la comunión sexual que forma, de hecho, una sola carne. El Génesis es valiente al profundizar la realidad

de la relación marido-mujer hasta la “carne”, como signo definitivo de la unión de dos personas que se aman.

La segunda consideración es la más proclamada y va señalada como un “misterio” que tiene su modelo en el amor de Cristo hacia su Iglesia, que es su cuerpo, porque ella, la Iglesia, es la esposa de Cristo. De aquí que el modelo que tiene que tener la relación marido-mujer es, para Pablo, el del amor de Cristo con la Iglesia, que lleva a Jesús a dar la vida por ella en la prueba máxima de fidelidad, según la palabra del mismo Jesús transmitida por el Evangelio de Juan «no hay un amor más grande que el de dar la vida por la persona a la que se ama» (Juan 15,13).

En el Evangelio de Mateo, Jesús se presentó como el novio con quien se alegran los invitados al Banquete de bodas (Mateo 9,27). Es un símbolo del amor de quien viene a dar vida y «vida más abundante».

El Evangelio anima y potencia la fidelidad del amor matrimonial

En el párrafo conclusivo de nuestro Cuaderno, hay que profundizar en el sentido del mensaje evangélico en cuanto al amor y a su fidelidad.

Hay que iniciar nuestra reflexión situándonos en el momento en que Jesús de Nazaret comienza su predicación, anunciando la llegada del Reino de Dios, es decir, su Reinado porque el Pueblo que lo escuche viva cumpliendo sus enseñanzas, su vida, la vida “más abundante”.

Jesús, cuando comenzó a predicar a Israel, encuentra unas familias fundamentadas en el matrimonio que, en el Antiguo Testamento, se realiza en la unión de un hombre y de una mujer con la finalidad prioritaria para la fecundidad en los hijos. Eso no quita la relación amorosa entre los esposos, como explica el padre de Samuel, Elcaná, a su esposa, Anna, cuando

lloraba porque no podía tener hijos. Él le decía: «¿ Yo no soy mejor que diez hijos?» (1 Samuel 1,8).

Con la predicación de Jesús, el amor toma una dimensión prioritaria en toda relación humana para la recomendación de Jesús diciendo «Este es mi mandamiento: Que os améis los unos a los otros como yo os he amado» (Juan 15,12). Un mandamiento que, a demás, tiene repercusión en el testimonio social, como enseña el mismo Jesús: «en esto todos conocerán que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros» (Juan 13,35).

Esta exigencia radical, asume y supera lo que los Evangelios sinópticos presenta, cuando Jesús responde a la pregunta de cuál es el mayor mandamiento de la ley: «Escucha, Israel, al Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Y el segundo es: amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Marco 12,29-31 y paralelos).

Este doble mensaje de Jesús es tan universal que, a veces, nos olvidamos de aplicarlo –y de hacerlo en primer lugar– en la relación de pareja que es el matrimonio y su fidelidad duradera para siempre.

Por tanto, Jesús, al pedir la universalidad del mandamiento de amar, está pidiendo a los esposos un corazón como el suyo, un amor fiel hasta la indisolubilidad, un amor que llega hasta “dar la vida”. Jesús con su palabra da un horizonte definitivo al matrimonio en su fidelidad en el amor. Y, también, como ya he citado antes, por la fuerza de su Espíritu, «derramado en nuestro corazón» (Romanos 5,5), Jesús se compromete a hacer crecer este amor hasta llevarlo con una fidelidad creciente hasta su posible plenitud definitiva.

En la primera parte, nuestra conclusión ha sido «la persona humana es amor». Ahora, aquí hemos ampliado nuestra

comprensión sobre este amor al ver cómo este amor humano queda potenciado por la Palabra de Jesús que nos indica cómo se ha de vivir con una fidelidad creciente hasta el final y, también, como queda potenciado, desde dentro de nuestro corazón, por la fuerza del Espíritu de Jesús que nos potencia para saber cómo hacerlo y que, por tanto, nos da ilusión, apoyo y ánimos para conseguirlo.

La fidelidad del amor según el Concilio Vaticano II

EL Concilio Vaticano II, en la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, Gozo y Esperanza, dedica un capítulo importante al Matrimonio, de los números 47 al 52, de la citada Constitución.

En primer lugar se ha de destacar la nueva definición del matrimonio que da el Concilio, tanto desde un punto de vista humano como teológico y pastoral: «la íntima comunidad de vida y de amor, fundada por el Creador e instituida con sus propias leyes, se instaure por la Alianza de los cónyuges, es decir, por su consentimiento personal e irrevocable» (GS 48).

Con esta definición, se supera una visión puramente contractual o jurídica del matrimonio, porque el matrimonio entra en la intimidad más extendida del hombre y de la mujer, a través de una alianza de amor que lleva a una comunidad, a una unidad conyugal de ambos en una sola carne, de la que nacerán los hijos, fruto de un amor que les irá acompañando hasta alcanzar la madurez y la mayoría de edad.

Para profundizar el sentido esencial del matrimonio, el documento conciliar recoge la Tradición Bíblica y la lleva a la plenitud explicando la acción de Cristo: «Porque así como Dios antiguamente se avanzó a unirse con su Pueblo con una Alianza de amor y de fidelidad, así ahora el Salvador de todos y Esposo de la Iglesia sale al encuentro de los esposos cristianos mediante el sacramento del matrimonio» (GS 48, 2°).

Este salir al encuentro, sigue el Concilio, significa la voluntad de Cristo de permanecer con los esposos «para que ellos, con su donación mutua, se amen con perpetua fidelidad, del mismo modo como él mismo, Cristo, amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella». Todo esto es fuente de esperanza para la fidelidad de los esposos porque llegarán a ser conscientes de que «El amor conyugal genuino es asumido en el amor divino y es potenciado por la fuerza redentora de Cristo».

Ésta fuerza, es fuerza que potencia la fidelidad creciente de la que estamos hablando. Y, más adelante, el documento conciliar *Gozo y Esperanza*, al hablar del amor conyugal, «amor eminentemente humano, ya que va de persona a persona y abraza el bien de toda la persona», afirma que: «este amor ratificado con la mutua fidelidad y, sobre todo, con el sacramento de Cristo, es absolutamente fiel, en cuerpo y en mente, en la prosperidad y en la adversidad» (GS48, 2º).

Se trata, pues, de una presencia especial del Señor resucitado que potencia, por la fuerza de su espíritu, el amor mutuo de los esposos, con una fuerza especial que expresa la palabra “asume” que quiere decir que Cristo lo hace suyo, como ya Jesús prometió en su despedida «permaneced en mí y yo permaneceré en vosotros» (Juan 15,4), para después añadir: «manteos en mi amor» (Juan 15,9). Esta conciencia de la presencia de Jesús en la vida de la pareja, anima a la fidelidad entre los esposos porque les da la confianza, y con ella, la esperanza de saber que el Señor está en ellos y con ellos, para que ambos, como pareja y cada uno con su personalidad, realicen día a día mejor, con creciente fidelidad, la alianza a la que se comprometieron un día ante Él y ante su comunidad cristiana.

Al acabar estas reflexiones, quisiera recordar que la fidelidad característica del amor matrimonial, de la que he

hablado hasta aquí, tiene su realización también en el amor de amistad con las diferencias propias de cada situación que son diferentes una de la otra. Y, cuando la amistad se hace compromiso, acerca sus exigencias a la fidelidad.

Conclusión

En la conclusión final de estas reflexiones sobre la fidelidad de la pareja quisiera –como síntesis de todo lo que he dicho– insistir en la necesidad de integrar ambas partes fundamentales de mi trabajo.

En la primera parte, hemos profundizado sobre el sentido de las diferentes dimensiones humanas de la fidelidad en la pareja. En definitiva son las dimensiones del amor profundo de la pareja.

En primer lugar, el amor es un don recíproco de uno y otro, en la totalidad de sus vidas concretas y con sus cualidades y limitaciones personales. Este don no es una palabra de un solo día, sino que es un don al que cada uno de la pareja desea y trata de mantenerse fiel hasta el final.

Este don no sólo se hace con un compromiso ante la comunidad, sino que es él mismo compromiso. Es decir, es preciso que el amor por su fidelidad, “inunde”, “penetre”, toda la relación interpersonal y la haga “alianza” definitiva. Esta intención quiere continuidad, no cualquiera, sino una fidelidad en el pensamiento y en la voluntad con que se comenzó el compromiso de pareja para hacerlo también compromiso social y público.

En segundo lugar, este don comprometido ha de realizarse día a día, en un proceso que camina iluminado por un proyecto de pareja que se debería haber concretado en el noviazgo y debería rehacerse progresivamente a lo largo de la vida matrimonial. La fidelidad como cualidad principal del amor es el secreto de la continuidad del proceso. Es un proceso animado por la maduración de la persona que aprende a crecer con las experiencias de la fidelidad cotidiana y que quiere llevar siempre adelante el proyecto comprometido con su pareja. ¡Es una fidelidad creativa!

En la construcción de este proyecto que se ha de ir viviendo en un proceso empapado de fidelidad, el diálogo se revela como un instrumento básico. Aquí es el momento de citar las palabras de Pablo VI, en su primera Encíclica *Ecclesia suam*, “Su Iglesia”, donde el Papa Montini nos quiere recordar la que tiene que ser actitud fundamental de la Iglesia de hoy para entrar en diálogo con el que tiene que vivir: «La Iglesia se hace palabra. La Iglesia se hace mensaje. La Iglesia se hace diálogo» (ES 60). Es la actitud que deben seguir todos los miembros de la Iglesia y todos aquellos que quieren construir fidelidad en su pareja: “hacerse diálogo”.

En la segunda parte de este trabajo, se ha profundizado en la dimensión cristiana del matrimonio, teniendo presentes los mensajes de la Antigua y de la Nueva Alianza. Lo que he intentado mostrar es cómo la Palabra de Dios a lo largo de la Historia de la Salvación ha ido iluminando la realidad del matrimonio en su dimensión de fidelidad.

En primer lugar, el Antiguo Testamento nos recuerda la fidelidad mediante el ejemplo del mismo Dios que presenta su participación en la liberación de su Pueblo como la obra del Esposo que ama de verdad y que se mantiene fiel a pesar de la infidelidad del Pueblo.

Al final de su camino hacia la tierra prometida, Moisés recordará al Pueblo el proyecto de felicidad a la que Dios le llama: «Mira Israel lo que te pide ahora el señor: que ames con todo el corazón...y que guardes los mandamientos que Él te ha dado, para que seas feliz» (Deuteronomio 10,12-13). ¡Sí, la fidelidad en el amor es la felicidad!

Esta fidelidad del Creador llega a su máxima demostración cuando el Padre envía a su Hijo para darnos su Palabra definitiva de salvación plena. Es una Palabra con dos vertientes. La primera es la de su ejemplo de vida que, a demás, viene explicada por sus palabras, tantas veces hechas

con parábolas que explican el proyecto de Dios para una Nueva Humanidad, la que Jesús califica como Reino de Dios, el Reinado de Dios.

La segunda vertiente de la Palabra de Jesús es la de la presencia del Espíritu Santo «derramado en nuestro corazón» como dice Pablo a los Romanos (Romanos 5,5). Éste es un don que quiere conducirnos hacia la verdad integral que nos ha enseñado y dado Jesús de Nazaret. En definitiva, el Espíritu de la fuerza que lleva a la pareja a realizar la fidelidad a su compromiso de amor matrimonial.

Quisiera terminar este trabajo repitiendo las palabras de Jesús en la noche del jueves de Pasión: «Os he dicho todas estas cosas para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea pleno». La fidelidad de la pareja en el amor conyugal es una de esas cosas que Jesús nos dijo para que sea la fuente y el signo de la felicidad madura y plena.

Cuestionario de revisión de vida

Esta lectura podría ir seguida de una revisión de vida en pareja y, si formáis parte de ella, en equipos de matrimonios. Podrían ayudar preguntas como las siguientes u otras que hayan sido suscitadas por las páginas que habéis leído:

1.- ¿Podrías enumerar las características de la fidelidad según el Antiguo Testamento?

2.- ¿Podrías citar las características de la fidelidad según el Evangelio de Jesús?

3.- ¿Y, según san Pablo? ¿Y según las cartas de Juan?

4.- ¿Qué es para ti la fidelidad en tu pareja?

5.- ¿Cómo construir día a día vuestra fidelidad concreta?

6.- ¿Podemos ayudar a los hijos con vuestra fidelidad?

Bibliografia

Mora, Gaspar; Salvat, Ignasi. Fent camí amb les parelles. Diàlegs prematrimoniais. Barcelona, Ed. Claret, 3^a ed revisada, juliol 2007.

Claret, Manuel. El matrimonio, comunidad de vida y amor. Barcelona: Col·lectània Sant Pacià –Facultad de Teología de Catalunya, 2009.

Vidal, Marciano. El matrimonio entre el ideal cristiano y la fragilidad humana. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2003.

F. Compagnoni; G. Piana; S. Privitera; M. Vidal. Nuevo diccionario de teología moral. Ediciones Paulinas, 1992.

Salvat, Ignasi, S.J. Sexualidad y amor cristiano. Barcelona, Ed. Claret. 3^a edición, 2004.

Salvat, Ignasi, S.J. De “proyecto de hermano” a agraiment de germans. Simposio con José Ignacio González Faus. Pp. 129-139: La cultura del Diálogo un reto para el mundo actual. Centro de Estudios Cristianismo y Justicia.

Wolf, Notker; Dobrinski, Matthias. Los Mandamientos. Provocación y orientación para la vida. Sal Terrae, 2009.